

DISCURSO DE BIENVENIDA DEL DR. MARIANO LEBRON SAVIÑON AL DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN, NUEVO RECTOR DE LA UNPHU, EN EL ACTO CELEBRADO EN EL CLUB NACO, DE SANTO DOMINGO.

Colegas en el alto ideal docente.

Gentes todas de nuestra querida UNPHU:

Hoy nos reunimos aquí con el objeto de homenajear, en un simposio ideal, al nuevo Rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU), Dr. Jaime Viñas Román, quien ocupará el escaño que durante un largo lapso dignificó el Dr. Juan Tomás Mejía Feliú. Como un forzado pie de un largo poema he unido dos nombres que tienen un alto significado dentro de lo que es esta luminosa realidad, nuestra UNPHU, “hija de un pródigo esfuerzo”, “bajo el palio de la dignidad”, como dicen los versos de su himno.

Viene Viñas Román a imponer su rectoría fecunda, avalado por su recia personalidad de hombre de ciencia y de mucho saber; imponente en la trayectoria de su vida honesta y pura. Forma parte del grupo de profesores que en una hazaña legendaria – quijotesca le llamaron los que no creían en lo que fue un parto colosal dentro del atuendo de nuestras turbulencias – hicieron posible esta institución que lleva el nombre egregio del primer humanista del continente.

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, entre tártagos y angustias, en un ondaje de avatares adversos, mantuvo erguida su reciedumbre, como los atolones que en los mares del Sur desafían las cóleras del mar. Yo quiero, al saludar el advenimiento del Dr. Viñas, rendir en este momento mi tributo de admiración, sahumado de afectos fraternales, al Rector que

se nos va. Porque, fuerza es decirlo, sólo a su férrea voluntad, a ese volcar sobre sí la gran copia de actividades, en un centralismo que en otra ocasión hubiera resultado absurdo; sólo así, con esa rara amalgama de severidad y ternura, pudo Juan Tomás cinglar la embarcación de nuestra Universidad por mares tan turbulentos, hasta este escollo ventisqueral donde arde el faro de nuestro porvenir. Ese Juan Tomás, amigo mío, tan apegado a los cánones de nuestra institución, se irguió muchas veces en nuestro Auditorio con voz tremante, derramando ternezas en la transparencia de una lágrima que asomaba a sus ojos. La sal de esa lágrima venía de su corazón. Pero como no se aleja del todo, su perennal presencia entre nosotros hará menos desgarrante la realidad de la nostalgia.

Yo espero, todos esperamos, que Jaime Viñas Román dé nuevos impulsos a la UNPHU. Obvio es decir la razón de esta esperanza. Su personalidad humana y científica, así lo predicen.

Actos como éste son necesarios cuando aprestamos materiales para elevar un monumento a la cordialidad. Unirnos para coadyuvar a un mundo mejor es deber del hombre de hoy.

Vivimos días difíciles. Todo se transforma con una celeridad desejeante; el hombre se anonada ante su propia autodestrucción, a la que se entrega, inexorablemente, con una insensatez que espanta. Se escucha, como un trágico ritual de colosales monstruos, el raudo tableteo de la muerte.

Vivimos con una mentalidad lenta, en una continua aceleración. La vida se nos impone avasallante en un insolente caos de convencionalismos creados. Y todo porque, orgullosos de nuestra superioridad de hombres, prescindimos de Dios por la creencia falaz de que no lo necesitamos.

Como muy bien dice Patrick Ravnat: "El drama de nuestra época reside en que habiéndose transformado nuestro medio por los progresos técnicos, no supimos, o no quisimos, imprimir el mismo impulso, el mismo ímpetu, a nuestra conciencia".

Nuestra Universidad nació en un momento oportuno y necesitó — creo que fue obra de un hado misterioso — del primer impulso natural que le imprimiera su primer rector, José

Antonio Caro y del dinámico, poderoso y sobrehumano impulso orientador de Juan Tomás Mejía. Pero detrás de ellos había una copia de egregias voluntades; el grupo de profesores fundadores y hombres como E. O. Garrido Puello — nuestro querido Badín —, Tito Mella y Juan Perrota que han hecho su aporte generoso para sostenerla. Cabe aquí, también, un homenaje de recordación a Don Horacio Alvarez que hizo cosa suya, junto con don Badín, el medro de la UNPHU.

Surgió como el sol entre violentas tempestades. Era como cosa esperada que los días que siguieron a la gloriosa gesta de nuestras libertades — después de tres trágicos decenios —, la desorientación fuera la tónica. Nuestra juventud, estrangulada y limitada en sus expansiones más naturales, mal orientada y peor conducida, quedó vacilante, azotada por los nuevos vientos de bienestar y libertad. Un temporal de voces la acorraló. La palabra, que estuvo rebalsada, al romper su endicamiento, se volvió torrente y no ha tornado todavía a su sereno fluir natural. No solamente hemos escuchado una nueva copia de olvidados términos sino la recreación de vocablos pegajosos y acres. Pero tienen su público y su consenso. Se solazan con ellos los que conducen la nave de la insolencia.

Nosotros hemos querido hacer de nuestra UNPHU el asklepión que induzca los milagros de la salud del alma, tras el baño purificador, en un nuevo jardín de las delicias.

La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña ha sido —dígase lo que se diga— un crisol. En tus manos, Jaime Viñas, deberá seguir medrando, como ágora donde se valoran, con casi devocional encanto, las entrañables esencias de nuestro patrimonio admirable.

Nosotros, los que formamos esta comunidad docente, hemos sabido arrancar del fondo de nuestra gleba sus gemas más brillantes.

Nuestro pueblo, mi pueblo, es sombrero remanso que estragó la miseria. Religioso hasta el fanatismo, con sanidad de alma. En su mansedumbre, que no pudo estremecer la espesa bota, se retrepó cansado en el lecho de su vida aldehuesa. No

tiene el pecho abierto para la jacarandosa cháchara y el goce cotidiano. Su mejor norma es la austeridad.

Una prolongación de sus aspavientos románticos — no creo que haya otro pueblo más romántico en el mundo — atemperó su alma para el sacrificio y el dolor. Por esas apetencias de soberanía, sacudió, heroicamente, sus cadenas.

El dominicano escucha, con unción de lágrimas tremantes, su himno y rinde culto a sus muertos. Alcatifa de flores sus altares. Hay pugna por volver sus ojos al cielo de su gloria y surca, por el río de la épica, su velero de esperanza.

Pero somos, óigase bien, el espejo, el reflejo colosal de la gran tragedia que hoy consume la humanidad.

Nuestra UNPHU se ha estructurado, ajena a las soslayadas sonrisas de fisga, el escepticismo rampante y hasta a los aluviones de ignaros menosprecios bajo la luz del humanismo (y hay en el ámbito de su docencia buena copia de humanistas), que levantó una vez la gran cultura helénica donde el hombre, con sus prepotencias cuasi divinas, centró la creación de Dios.

Las Universidades, con parvas excepciones, lanzan al mundo miríadas de profesionales: médicos, abogados, ingenieros. Pero son médicos incultos, abogados incultos, ingenieros incultos; capaces de arrancarles una víctima a la muerte, un acusado a la ley o tirar un puente en una extensión abisal, pero incapaces de levantar los andamiajes de una nueva sociedad, de un nuevo mundo, de una nueva ley. Medran de espaldas a los valores eternos y , lo que es peor, con una autosuficiencia insoportable.

Esto se entiende. La ciencia ha resuelto múltiples problemas; ha llevado al hombre por caminos que nunca sospechó. Pero la Ciencia es estrecha al deseo de eternidad, al ansia de ir más allá de las lindes inexorables de la vida.

José Ortega y Gasset que parece ser, hoy por hoy, entre los escritores de habla hispana, enjundioso y elegante escritor de frecuente cita, se vuelve contra esa tonta inundación de vana pedantería cuando dice: “Hay que humanizar al científico que a mediados del siglo último se insubordinó, contaminándose

vergonzosamente del evangelio de rebelión que es, desde entonces, la gran vulgaridad, la gran falsedad del tiempo. Es preciso que el hombre de ciencia deje de ser lo que hoy es con deplorable frecuencia: un bárbaro que sabe mucho de una cosa”.

Para obviar este vacío se yergue la filosofía con sus cánones y dogmas. ¡El dogma! Yo quisiera, con un gesto pugnaz, avasallante, viril y extraordinario, subirme en un alcor y proclamar enfática y elocuentemente la muerte del dogma. Decirle a mis estudiantes: no quiero el dogma. Pero me quedaría solo; solo con un esqueleto de palabras, con una sombra de principios, con un rastro de realidades.

La Ciencia nos ha abierto un amplio ventanal en el mundo palpable; y cuando en determinados momentos se nos presenta, pétrea y muda, y la poquita porción de ciencia que albergamos nos es estrecha — porque, como el iceberg, el máximo de las posibilidades de nuestra mente yace sumergida, —entonces sé que el hombre, ante el misterio divino, no ha sido propietario, ni por un minuto, de la verdad. Y me avergüenzo. Y envidio al pájaro que en la percha de su árbol da el joyante cristal de sus trinos al infinito, aunque a lo lejos ruja la tempestad.

Las universidades, desde su aparición, fueron viveros de inquietudes. En muchas ocasiones los hombres que impulsaron todo el movimiento cultural y social de su época fueron hombres universitarios. Pero otras veces, vacando en su verdadero quehacer, en doloroso desmedro de su misión, quedaban al margen del movimiento que conmovía los resortes de la nación.

Así, mientras los creadores del afán científico y cultural del medioevo están íntimamente relacionados con la Universidad (Santo Tomás, San Alberto Magno, Duns, Escoto, Ockan) y a su docencia, gestándose en el seno del Alma Mater la escolástica, madero de luz que salvó la filosofía del naufragio de sombras medioevales, entre los siglos XV y XVIII pierde su alta misión social. Pero a partir, tal vez, de Wolff, neoescolástico, vuelven a ser los docentes universitarios los que se apoderan de esta primacía. Todos los grandes rectores del pensamiento son

profesores: Kant, Fichte, Schelling, Hegel, Dilthey, Brentano, hasta Husserl y Bergson, a los que podemos agregar, con razón imponderable, grandes figuras del pensamiento español: José Ortega y Gasset, Miguel de Unamuno, Julián Marías, García Morente, Marañón, López Ibor... y otros.

Nuestra Universidad tiene una misión social que cumplir: volver a su condición primigenia, cuando Santo Domingo del Puerto, en su condición de Primada de América, usufructuaba el saber americano a través de sus dos universidades: Santo Tomás de Aquino y Santiago de la Vera Paz.

Es posible; nuestra Facultad de Humanidades tiene el gran impulso y nacimos al ímpetu favorable de ese esfuerzo, con humanistas como Fabio Mota, Miguel Angel Piantini y Joaquín Salazar, ya desaparecidos; Carlos Federico Pérez, Juan Jacobo de Lara, Manuel de Js. Goico Castro, Estervina Matos, José Henríquez, Luis Brea Franco y muchos más que callo, no porque mi admiración sea menor, sino para no hacer más prolijo este discurso.

He aquí nuestra Universidad. En sus jardines, en sus galerías, como un enjambre que conoce del mérito quehacer, se escucha el rumoroso zumbo de las nuevas juventudes: rumor de agua entre guijas, rozar de junguerales en ondeante galantería con el viento, murmurar de hojarascas que amarillean de oro un nuevo afán. Son párvulos, sin quererlo, en la nueva floración de la esperanza.

Vedlos. Van urgidos de apetencias magníficas. Quieren surgir a la verdad desde la playa serena que torra un nuevo sol. Eso es así. Pero es nuestro deber ayudarlos, desbrozando el duro malezal por donde se naufraga entre impías frustraciones. Debemos abrirles la poterna que da paso al templo hipóstilo donde brilla, entre la pedrería de los cirios, el retablo del verdadero humanismo como un ara de ansiedad.

Yo sé que contigo, Jaime Viñas, como ayer con Juan Tomás, seguiremos en el nuevo quehacer de aristocratizar la vida con la aristocracia del talento, que es la verdadera, porque es, en última instancia, la aristocracia del corazón.